

LA DISCORDIA ARÁBIGA  
Por El Prof. Carlos Jiménez

Siempre he pensado que un hilo de ariadna privilegiado para adentrarse en lo que Gerald Brenan llamó alguna vez el laberinto español es el tema arábigo. O más exactamente islámico. España, la originaria hispania latina, ha tenido una relación muy larga y ciertamente constitutiva con la tradición arábica a lo largo de 10 siglos.

Examinar cada una de las vicisitudes de esa compleja y conflictiva relación, es, captar de un modo sintético lo que ha sido España en cada una de las etapas de su extraordinaria historia. en el siglo XVII por ejemplo, después de la rebelión de las Alpujarras, motivadas por el grave incumplimiento de las Capitulaciones de Granada suscritas por los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, dicha tradición fue satanizada implacablemente, como era previsible en un país bajo el dominio de la monarquía, de los Austria, que se erigió desafiadamente en la monarquía católica por excelencia, defensora intransigente del Cristianismo de la Contrarreforma, tanto contra los protestantes del Norte de Europa como contra los musulmanes de Turquía, Arabia y de lo que ahora llamamos el Magreb. Fue en esa época en la que se acuñó el mito de la reconquista, tal y como llegó hasta el mismísimo siglo XIX, según el cual los árabes habían invadido en el siglo VIII a una España esencial, que sobreviviendo tercamente en sus reductos asturianos y vascos había emprendido desde ellos la reconquista.

Lo que este mito seudohistórico dejó siempre de lado fue el hecho protuberante y al mismo tiempo inexplicado de los ocho siglos de islamismo en la Península. ¿O es que pueden explicarse tantos siglos sin que los españoles de entonces, por lo menos una parte significativa de los mismos, se hayan convertido al Islam o siquiera a formas de economía, de política y de vida cotidiana profundamente moldeadas por dichas creencias? ¿Acaso la Reconquista no puede leerse, al margen del mito que la instituye y consagra, como una lucha entre los agricultores y comerciantes del Sur de la Península y la aristocracia terrateniente de Norte?

Estas preguntas y otras semejantes sólo comenzaron hacerse posibles en la propia España de la segunda mitad del siglo XIX, gracias a la irrupción de románticos y liberales que comenzaron a mirar con otros ojos a la tradición Islámica. A unos y otros los deseos de criticar el absolutismo fernandino y el integrismo católico, al que acusaron de haber cegado dos de las tres vertientes que componen a la individualidad histórica de España: el judaísmo y el Islam.

Fue entonces cuando se abrió en la historiografía española el capítulo de los estudios arábigos, en los que se destacarán figuras de primer orden Miguel Asaín y Emilio García Gómez, que rescataron y revaluaron la literatura arábigo-española y el aporte en la formación del castellano de la propia lengua árabe, la lengua culta del Islam, como el latín ha sido la lengua culta Cristianismos. Fue también la ocasión del surgimiento de un nuevo mito histórico, que no ha cesado de crecer en la cabeza y el corazón de los liberales y heterodoxos españoles, que cifra la superioridad de la España musulmana con respecto a la de la conquista, en la tolerancia con la que la primera por oposición a los de la segunda, trataron a los creyentes de las tres grandes religiones monoteístas: la de Jehová, la de Cristo y la de Alá.

A este retorno cordial al Islam pertenece el libro que usted tiene en sus manos y que ha escrito con conocimiento y simpatía, el escritor Javier Tafur sobre las muy diversas y ricas obras literarias escritas por los españoles que tuvieron a bien convertirse en su día en seguidores de las enseñanzas de Mahoma. Tal y como lo ha hecho el más reciente de todos, Juan Goytisolo, que hoy mismo divide su vida y su obra entre la ciudad de Marrakech en Marruecos y el París de la Gran Mezquita y los centenares de miles inmigrantes árabes y magrabíes.